

con todos, más el amor verdadero por juntarse con quien mas ama, todos tres los quiere, y hace un ramal de tres cuerdas que se ara con su Señor, y difícilmente se rompe. Con tanto se ha de juntar amar al proximo, pues nosotros fuimos la verdadera, y pelada Cruz, que el Señor llevó, y nosotros le apretamos, como viga de lagar, y le hicimos derramar su Santísima Sangre, y así hemos de amar, y sufrir à los proximos, y damos por esclavos de ellos, mirando en aquel Señor que el Jueves Santo se arrodillò delante sus Discípulos, y les lavò los pies con agua: y el Viernes siguiente lavò las animas con Sangre de sus sacratísimas venas. No sea nadie fuyó, alzandose consigo mismo, pues nos comprò Christo por precio muy justo, y nos mandò que por su amor amassemos con corazon, palabras, y obras, y verdadera paciencia à los proximos, haciendonos esclavos por amor, à semejanza de Christo, que se hizo nuestro hasta morir por nosotros con amor.

Esta es, señora, la priesa que nos hemos de dar, para que el Señor nos halle aparejados para las bodas eternas, y nos haga compañeros de su gloria, que tiene aparejada para los que aqui le aman, y por su amor cumplen sus palabras, y llevan Cruz, y sirven á proximos por él. Yo he predicado unos dias, yá he caído, debe ser como no soy para hacer penitencia, ni llevar cruz, tomandola yo, echala el

Se-

Señor, y ponemela de su mano, rueguete V. m. yá que no soy para tomarla, sea con su gracia para llevarla, como es digna Cruz de tal mano dada, y el mismo Señor Crucificado sea amor unico de V. m. para siempre.

CARTA A UNA SEÑORA: ESFUERZALA
à padecer trabajos por amor de Jesu-Christo.

DIOS dè à V. m. muy buena Semana Santa, quiero decir, muy gran sentimiento del vivo amor que nuestro Cordero Jesus tuvo en ella, y de los puros dolores que le acompañaron, hasta que su Anima del Cuerpo salió; muchos fueron, mas que la mar, mas muy mas fue lo que amò, que lo que padeció, y si fuera menester padecer mas, nunca se cansara, porque no tiene tasfa su amor. Entiende, señora? No se contente con lo que padece, aunque sea mucho, porque si en el padecer ponemos tasfa, en aquel punto la ponemos en el amor, y en este no es razon que la haya, pues la tasfa de él, es amar sin tasfa. Ame, señora, à nuestro Señor, y falten centellas vivas de su amor, que son fervientes deseos de padecer por él; que la Esposa dice: (Cant. 7.) Salgamonos al campo, mi amado, y veamos si nuestra viña ha florecido, y si las flores se han tornado en fruto, y si han florecido las granadas. El salir al campo, es un desembarazar el pensamiento, y una

T 2

li-

libertad que Dios dà, con que el anima no es ocupada, ni impedida por cosa de acá. Y allí se para à mirar, que deseos buenos tienen, y si de ellos salen buenas obras, porque no sean deseos vanos, y aunque tenga deseos, y obras, no se contenta, sino han florecido las granadas, que quiere decir si tienen deseos de derramar la sangre por Jesu-Christo, porque aquello es darle verdaderamente el amor, pues ninguno lo tiene mayor, que dár su vida por quien ama, y aunque demos la vida por Christo, aun es poco, debemos desear tener muchas, para darlas todas por él, pues una sola que él por nos dió, vale mas que todas las de los hombres, y Angeles.

Por tanto, señora, pues nuestra vida es poca, esforcemonos à darla à nuestro Señor: y como el amador de sí mismo tiene todo su deseo, y pensamiento, en cómo descansarè, y huirè del padecer, sea el nuestro, como mas padecerè por nuestro Señor, y no nos contentemos con padecer lo que él nos embia, sino salgamos al camino, deseando lo primero que venga, que si nosotros huviésemos hambre de Cruz, el Señor nos daria mucho de ella; porque escrito està (Prov. 10.) *Que no affigir à Dios con hambre el anima del justo*, mas como luego nos hartamos; y damos de arcadas, no nos dà sino poquito, porque no lo vomitemos todo, hasta que se nos va ensanchando poco à poco el estomago, y nos va

fa-

fabiendo el padecer dulce, y entonces està nuestra anima sana, pues le sabe bien su manjar, que es el Crucificado: y mucho huelgo de las comuniones de V. m. porque para llevar Cruz, menester es recibir al que la llevò en sus ombros, pues él es el que la lleva en nosotros: y así lo haga V. m. aunque el demonio no quiera, y mire bien no se haga escrupulosa acabo de rato con las confesiones, que son artes de nuestro enemigo, para quitarle la paz. Bien confessada està, y à lo que podemos conjeturar tambien perdonada, entienda mas en amar, que en temblar, y en confiar, que en escrupular que esto es lo que el Señor mas quiere de ella.

CARTA A UNA SEÑORA CASADA,
esforzandola à que lleve con paciencia del Señor los trabajos.

Señora, deseo tengo de preguntar à V. m. à que saben los frutos de la Cruz, pues tanto come de ellos. El Señor, dixo: (Cant. 7.) *Subirè à la palma, y tomarè los frutos de ella*: y parece que ha tomado à V. m. de la mano, y subidola consigo à lo mismo, para que si antes solia subirla, para que mitasse, y contemplasse como él comia, agora no se contenta con que ella lo acompañe, con haver compasión de las penas de él, sino que coma con él en la Cruz, y sea testigo de prueba de lo que él

pa-

padecia quando comia. Bienaventurada osso llamar al anima, que con la Madre de Dios està al piè de la Cruz del Hijo, como ella estava penando con èl, comiendo à una mesa, crucificada con èl, que no hay cosa tan agradable à los ojos del Padre, como ver à su Hijo, y à los que à su Hijo acompañan con imitacion de sus trabajos, y Cruz.

No se engañe nadie pensando que se enamora Dios de donayres, y niñerías, ò que han de reynar con èl qualesquiera. El favor de Dios, es para los amadores de los trabajos. No ha de reynar, sino el Crucificado, para que los hombres sepan, que pues acà les pide tanto, aquel Reyno no es como quiera, sino muy abundante en riqueza, y descanso, pues es Dios su joya, y se esfuerce con nuevos alientos à despreciar todo descanso presente, y sufrir todo trabajo. Què quiere V.m. que haga nuestro Señor, sino lo que con sus amados hijos hace, y hará? Què quiere que haga, sino tratarla como el Padre suyo lo tratò à èl? *Como el Padre me amò, os amo Yo à vosotros*, dixo èl: (*Joann. 25.*) Pues quien se parare à mirar el tratamiento de tal Padre à tal Hijo, sufrirà con paciencia el suyo, por aspero que parezca.

Espera un poquito, señora, que passársela esta tempestad, y gozársela de haverla pasado. Abaxe su cerviz à la voluntad de su Celestial Padre, que así hizo Jesu-Christo, quando le pusieron al

cuc-

cuello una foga que le desollaba la cerviz, y èl callaba de dentro, y de fuera, por la obediencia del Padre. Què nos dice esta dura foga en cerviz tan delicada, y aquella pesada Cruz, en ombros tan cansados, sino que seamos obedientes en sufrir los trabajos, aunque nos desuelen, y arranquen el mismo corazon? No es razon que sea yà V. m. parte en si mesma para ordenar su vida, y escoger esto quiero, y esto no, pues se ha ofrecido muchas veces por esclava verdadera del Señor à toda la voluntad de èl, porque no es razon que quiera agora desdecir en el trabajo lo que antes afirmò en la paz, ni querrà ser como amigo fingido, que en el tiempo del placer hace muchas ofertas; y quando le dicen que passe algo, desdice lo dicho. *Ay de aquellos*, dice la Escritura (*Ecl. 2.*) *que perdieron el sufrimiento*, quiere decir, que como cansados de trabajar, y esperar dieron con su corazon en el suelo, como quien no puede llavarla carga.

El justo, señora, de la Fè vive, y el Señor le manda que espere, aunque haga tardanza, y promete que vendrà, mas si el justo tiene reloj que dà muy apriesa las horas, y le parece passarse el tiempo sin que Dios le remedie, decirlehan lo que està en *Isaias 1. 28.* *El que creyere no se de priessa, sino ponga su salud en la longanimidad*, como dice San Pedro. El Señor vendrà, señora, y la consolará. Alborota-da està la mar, y las olas quieren anegar la naveci-

lla,

lla, y el Señor duerme de buen reposo, como quien tiró la piedra, y escondió la mano, y picó, y huyó. El hizo levantar la tempestad, y luego echóse à dormir. El ha puesto à V. m. en los trabajos que tiene, que no otra mano, èl atribula, y hierre, que sin èl no se puede nada hacer: y el que tambien ha sabido herir, y tan vivo ha estado para atribular, duerme agora quando le piden remedio, y mientras mas le piden consuelo, suele acrecentar desconsuelo, y con todo esto quiere que tengamos una fé viva, que en todos estos trances no desconfie; y si lo hacemos, con lo que recuerda es venir, y decir: (*Matth. 8.*) *Hombres de poca fé, por qué estais temerosos? Vè reñir, quan esmerada, probada, y passada por fuego quiere esta fé para confiar. Que así como una castidad es probada con cosas contrarias, una humildad con deshonras, una paciencia con trabajos, una caridad con hacer bien à quien nos hace mal, así es la fé, y confianza probada con embiar Dios trabajos, que parezcan sacar de juicio, y esconderse èl, y parecer que añade mas, mientras mas es rogado. Conviene passar esto, si queremos oír: *Muger, grande es tu Fé.* Esta lucha hemos de vencer, si queremos nombre, y corona de verdaderos, y perfectos fieles: y conviene recibir azotes, y que escuezan hasta el ánima, y creer que son abrazijos de grande amor. En esto que de fuera parece irà, hemos de creer, el*

corazon de Dios muy pacífico, y sus entrañas muy paternales, para que no vivamos en sentido de carne, sino en fé, que es muerte de sentido de carne.

Esta, señora, es la sabiduría de la Cruz, que à ojos cerrados se sujeta à la santa ordenacion de Dios, y con este no juzgar sino confiar en èl, es mas sabia que todo el saber del mundo: porque quien à Dios quisiere conocer, y agradar, no alce, sino abaxe los ojos con humildad, y no escudriñar, y alcanzará el verdadero saber, y hallará al Señor de las virtudes, que en todas las cosas es suave para los suyos, y entonces les hace mayores bienes, quando à los ojos de carne parece que los desampara. Mas dias ha que V. m. cantò este cantar: (*Cant. 2.*) *Mi amado à mi, y yo à èl.* Cantelo agora, que para el tiempo de los trabajos son los requiebros: su amado la mira, y tiene de ella cuidado, mirelo ella, y fiese de este cuidador. El à ella es padre, aunque la azote, sea ella hija en recibir con obediencia, y hacimiento de gracias su azote, y si duela mucho mirando el azote, tiemblelo, mirando la mano que embia el azote. Su amado es, y mas amador que amado, con amor la azota, con amor lo reciba para que responda al tono que el Señor le habla. Apurarla quiete con fuego, no huya del crysol, aunque le duela, que mas vale quedar limpia de la inmundicia de la tierra, que es la propia voluntad, aunque quede hecha pedazos, que no

fana, y suya. Cante al Señor (*Psalm. 116.*) *Probaste mi corazon, y visitastele en la noche; examinaste me con fuego, y no fue ballada en mi maldad.*

Asi, asi señora apura Dios à sus escogidos, y quien asi no es probado, y apurado, no es hijo, ni serà heredero. Y pues ha dias que V. m. tiene prendas de heredar, sufra con paciencia la carga anexa à la herencia. Muy rica, y gozosa es ella, mas los herederos han de ser muy atribulados acá, y de la Cruz los han de quitar acá quando entren à reynar allá, que no de placer à placer. Agarrocheados salen los buenos toros del cofo, que los floxos sanos se van. E es asi el buen Christiano, que de todas partes ha de tener garrochas. Y quando faltan tyranos, y sayones, bastan la casa, hijos, marido, y amigos, que por otras vias mas blandas atormentan mas que los otros. Cierto es, que ver padecer à quien amamos, cuchillo nos es, y el amor es nuestro sayon, y mientras mayor amor, mayor sayon, mas no le bolvamos el rostro, que este amor fue el sayon de Jesu-Christo, que mas le penò, que los de fuera; y este fue el sayon de su madre, y de quantos escogidos hay de Dios. Aparce V. m. la cabeza para ser de el cortada, su corazon para ser atormentado. Y en la presencia de Dios, y de su Corte, que le estàn mirando, pelee varonilmente, pues le està aparejada excelente corona. El Señor que embia el trabajo, sabe el tiempo del consuelo, y el lo prove-

verrà en su tiempo, y enretanto de paciencia, y sea con V. m. siempre. Amen.

CARTA A UNA SEÑORA CASADA,
astigida con trabajos corporales, y tristezas espirituales; enseñalà el remedio contra los escrúpulos.

LA paz de nuestro Señor Jesu-Christo sea siempre con V. m. Dos cosas creo que son las que atribulan à V. m. una, el cuerpo que passà trabajos, y otra el anima llena de desconfuelos, los quales le nacen de parecerle que està contraria à Dios, por no servirle como desea: y aunque padece, como dicen, *por mar, y por tierra*, creo, que quanto excede el anima al cuerpo, exceden las desconfoluciones de ella à los trabajos de el, porque quien tiene deseo de agradar à Dios, facilmente ofrece su cuerpo à qualesquier trabajos, mas no facilmente sufre en su anima las culpas que comete, ò le parece que comete contra el Señor, y de buena gana acrecentaria en trabajos de cuerpo, por quitar de su anima culpas; porque cierto dientes muy agudos tiene el gusano de la conciencia, para roer las entrañas de quien comete pecado.

Mas si Dios encaminasse à V. m. quien le supiese distintamente declarar, que bien es Jesu-Christo nuestro Señor, luego huirian de su anima

estas desconsolaciones, que tanto desmayo le causan; como huía del Rey Saúl *el espíritu malo*, al sonido de la música dulce del Profeta David: No hay anima, que tan desconsolada esté, que la nueva alegre de quien es Jesu-Christo, no baste à levantarla de la tristeza, y desconfianza, y henchirla de gozo, si de ella se quiere aprovechar. E como à tal dixo el Angel à los Pastores: (*Luc. 2.*) *Anuncios un gozo grande, que tendrá todo el Pueblo, porque os es nacido oy el Salvador*: y el mismo Señor dió testimonio de esto, diciendo. (*Isai. 61.*) *El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió, y me embió à dar buenas nuevas à los pobres, y à sanar los quebrantados de corazón, y à predicar libertad à los cautivos, y dar vista à los ciegos, y à dar suelta à los quebrantados con deudas, y à predicar el año agradable del Señor.* Y por no saberle V. m. aprovechar de la consolacion que trae esta nueva, viene à ser hollada de la desconsolacion, que tan demasíadamente le aflige, quitando los ojos de este Señor puesto en Cruz, para que todo hombre, que con ojos de fe, y de amor le mirare, no perezca, y poniendolos en sí misma, y en sus obras, que es una vereda tan sin consuelo, que ningun hombre, que por ella caminó à solas, puede tener paz, ni consuelos; porque como cada cosa de tal fruto, qual ella es, no puede tener mas paz, ni contento, quien mira à sus obras solas de quanto ellas tienen de bondad, y aun-

aunque no todas sean pecado, como muchas de ellas, especialmente en hombres imperfectos en el servicio de Dios sean llenas de faltas, y semejables (como dice Isaias (*cap. 64.*) *à paños de muger menftruada*, que es grande asco mirarlos.

De ai viene que den crueles bocados de remordimiento al anima que las obrò, y son mas causa de lloro, que no desconsuelo; lo qual dice San Bernardo haverle acaecido à sí mismo, diciendo à su anima: *O vína mia! quantas cosas nos fueron hurtadas, por malas astucias, aun en aquel mismo tiempo que comenzamos con mas vigilancia à entender en el cuidado de nuestra guarda. Quantos, y quales racimos de buenas obras nos los ahogò la ira, ó se los llevó la jactancia, ó los ensució la gloria vana? Quantas cosas padecemos del regalo de la gula? Quantas del espíritu de la acidia? Quantas de la desconfianza, y tempestad del espíritu?* De esto que San Bernardo dice, y de lo que cada uno en sí experimenta, se ve claro, que quien se arrima à cosa tan llena de menzugas, no puede tener en pie el alegría de la confianza, mas por fuerza ha de ser apretado con angustias, y desordenado temor, corejandose con la Ley de Dios, y viendose falto en ella, sin haber adonde arrimarse. Gran temor dió la Ley, quando fue dada en el monte Sinai, y tanto, que dixeron los que alli estaban: (*Exod. 20.*) *No nos hable el Señor, porque no muramos.*

De esta manera, quando una anima considera los mandamientos de Dios, y las terribles amenazas que están puestas, y que de cierto vendrán contra quien los quebranta, y ve que ella es una de aquellos, figuesele muy grande tristeza sintiendo tanto mal de presente, y temiendo otro mayor en lo por venir, y anda con tal remordimiento, y acusación, y tormentos dentro de sí, que le parece ser el para sí un intolerable infierno. De lo qual le nacen bravísimas desesperaciones, porque es cosa recia sufrir lengua vida con remordimiento continuo de la conciencia: y no solo este mal, mas muchos suceden de aqueste desmayo, y desconfianza, que nace de mirar el hombre à sí mismo à solas. Pues que remedio tendremos, pues que no nos podemos dexar de mirar, y mirarnos causa de desesperacion? Por cierto, el que suelen dar à los que pasan por algun rio, y les avisan, diciendo: No miréis al agua que corre, porque se os desvanecerà la cabeza, y caeréis, y os ahogareis; mas mirad àzia arriba fuera del agua, è iréis por las aguas seguro.

Estas aguas, señora, que corren àzia abaxo, nuestras obras son, à las quales solas ningun hombre mirò, que no le diese desmayo, por justo que uesse, porque delante el acatamiento de Dios, todos se conocen faltos, y le suplican: (*Psalm. 142.*) *No entres, Señor, en juicio con tu siervo.* E aunque mu-

muchas obras hagan justas, con que agradan à Dios: mas mirando todo el discurso de su vida, dice San Agustín, *que aunque sean Santos tienen de que llorar.* Conviene, pues, no mirarnos à solas, mas con mirarnos, y llorarnos, alzar los ojos arriba, considerando à Jesu-Christo nuestro Señor, el qual es tan lleno de misericordia, y remedio, y de merecimientos para nosotros, que basta, y rebasta para consolar, y enriquecer à los muy tristes, y pobres. Sepalo, señora, sino lo sabe, que la confianza, y consuelo de los Christianos, que se desean salvar, no ha de estar puesta en sus propias fuerzas, ni obras solas, mas en la gracia que nos es dada en las de Jesu-Christo, que por su infinita bondad las quiso comunicar con todos los que con fe, y penitencia se sujetaren à él, segun dice San Pablo: *Que fue hecho causa de salud à todos los que le obedecen.*

Teniendo tal arrimo en él, como tenemos, estamos tan confiados, y sossegados, quanto es razon que lo estèn los que participan de merecimientos de Dios humanado, porque el negocio de salvarse los hombres, mas es gracia de Dios por Jesu-Christo N.S. que fuerza, y valor de nuestros trabajos propios, y mas quiere Dios ser glorificado de salvar por gracia, que de pagar lo que debe, porque pagar quien quiera lo hace, mas darnos su Hijo, y por él tomarnos por hijos, y darnos el don de su gracia,

y como à tales darnos fuerza para servirle, como buenos hijos, y como à tales prometernos la herencia, esta es merced inestimable de Dios, y por tal quiere el que sea conocida, y agradecida. Y por esto dixo San Pablo, *que la vida eterna es gracia de Dios*; porque aunque se requieren merecimientos del hombre para entrar en ella, mas estos no tienen su valor principal de parte del hombre, mas de la gracia del Señor, y de ser incorporados en su unigenito Hijo, lo qual resulta, no en alabanza del hombre, mas en la de Dios, y su gracia, porque una cosa es herencia que se dà à hijos que obedecen, y sirven con amor à su padre, y otra es jornal que se dà al estrangero, teniendo cuenta con el valor solo de sus trabajos, y lo que nosotros esperamos herencia es, y aunque se ha de ganar con buenas obras, y por esso se puede llamar jornal, mas no se han de hacer con animo de jornalero interestal, y extraño, mas de hijo, que con amor sirve à su padre, cuyos servicios mas son galardonados por ser servicios de hijo, que sudores de jornalero.

Y pues este negocio es entre padre, y hijos, no piensen los desconfiados, que por cada cosa que un hijo haga, ò dexé de hacer, no conforme à la voluntad de su padre, luego le han de desheredar; porque segun hemos dicho, esta herencia, y este consuelo, y confianza para la alcanzar, no está

está fundada principalmente sobre nuestro arrimo, ni fuerzas, ni obras: porque si así fuera, qué cosa huviera de mayor desconsuelo, que en cosa tan importante estar arrimados à cosa tan flaca, y que si nuestra fuerza, ó obras faltaran, yà no tuviera mas remedio para cobrar la gracia perdida, ni esperar herencia de padre; como se suele hacer con los jornaleros, que si no trabajaron, ò mal trabajaron, se les niega el jornal por justicia, sin remedio de lo cobrar por misericordia: acá nuestro fundamento, y arrimo, es la misericordia de Dios, que por los merecimientos de Jesu-Christo su Hijo nos quiere salvar, dandonos remedio, para que aunque nuestras obras falten, aunque sea quebrantando los Mandamientos de Dios, podamos, si queremos, y el nos ayuda à querer, alcanzar perdón, y recobrar la gracia perdida, y ser salvos por Jesu-Christo nuestro Señor, cuyos merecimientos nos alcanzan la misericordia, que nosotros no merecíamos.

Y si V. m. dice, como suele decir, que allende de estos merecimientos de Christo, son menester los nuestros de buenas obras, y que la sola se no basta, digo que es verdad, mas que tantas han de ser estas buenas obras para esperar, ò el perdón del pecado, ò la herencia del Cielo. En esto, señora, gravemente se engaña; porque todo aquel que tiene Fé, Esperanza, y Amor, que le causa pro-

posito de obedecer à los Mandamientos de Dios, y de su Iglesia, en gracia de Dios està: y si con esto muere, salvo será para siempre, aunque tenga madera, henó, en que pagar en el Purgatorio; y porque aqui hablo para ella, cuya vida tengo conocida, le digo de parte de nuestro Señor (*en todo quanto à mi se me enciende*) que con esta vida que tiene, tal qual ella ve que es, se contenta la infinita bondad de nuestro Señor, y que mientras él le diere en ella perseverancia, puede esperar de su misericordia que la salvarà. Mas si siente de la bondad divinal, y de los merecimientos inmensos de Jesu-Christo nuestro Señor, tan estrecha, y baxamente, que piense, que si uno no es tan perfecto, qual ella lo tiene pintado, y desea ser, que este tal no será salvo, no es así; porque Christo tiene en su Cuerpo mystico miembros perfectos, è imperfectos. Sospecho que le ha de decir nuestro Señor: Como lo crees, ò por mejor decir: Pues no crees así, no te salves.

Dexe yá, señora, de medir à Dios con tan chico palmo, y alabe la gracia que en su Hijo le hizo, que es tomarla por hija, y prometerle la herencia, quando le dió gracia, de que con dolor de sus pecados se confesasse, y propusiesse de adelante de servir à Dios. E sobre estas prendas, no dadas por nuestros merecimientos, mas por la muerte de Jesu-Christo, prosiga los exercicios de su buen

na vida con alegría, y esfuerzo: y si cayere, procure de se levantar con el focorro de los Sacramentos, y no piense, que aunque sea hija imperfecta le han de negar la herencia del Cielo; porque aunque entre los hijos haya uno enfermizo, y quan ruin le quisiere pintar, en fin, porque es hijo tambien hereda, aunque no tanto como los otros. Los pecados veniales, leñora, no impiden la herencia de hijos, acá, ò en Purgatorio se pagan, y si fuere mortal, y le focorriere el remedio de la penitencia, tampoco nos quitarà el Cielo; porque el grande amor, que Dios nos tiene, por Jesu-Christo su Hijo, le movió à darnos remedios, para que quando nuestra virtud faltare, seamos con la suya remedios, y fortalecidos.

E pareceme cierto, que uno de los mayores pecados, que V. m. tiene, es sentir cassadamente de la bondad del Señor, que es sin medida, y por una parte tiene à Dios por altísimo, y al pecado por muy malo, por ser contra él, y por otra parte siente de Dios baxamente, pues no confia, que por la inefable gracia que hizo al mundo, en darnos su Hijo, usa de misericordia con los desamados, para que sean traídos por la penitencia à ser amados, y reciban mercedes los que no merecian el pan que comian, y aún eran dignos de azotes, y por el mismo Señor son sufridos, y amparados, los que mirando à si mismos merecian ser castigados.

dos, Esta, señora, es la verdad, cuya confesion redundanda en gloria de Jesu-Christo; y si nosotros de nuestra parte no lo merecemos, mereciolo el para nosotros. Quien esto cree alaba à Dios, y de la cosa que el mas quiere ser alabado, que es de ser bueno, y bienhechor de los hombres, aunque ellos no lo merezcan; *porque si la gracia que se dà por Jesu-Christo à los penitentes, suera por merecimientos de ellos, no suera gracia, sino deuda*, como dice S. Pablo, *(ad Rom. 11.)* y si dàr Dios el Cielo fuera por las obras de los hombres, como cosa à ellas debida, sin tener cuenta con la gracia, tampoco fuera gracia. E por esso no se dà por ella à solas, sino se junta con ellos la gracia que se dà por Jesu-Christo nuestro Señor, de la qual, y del qual las obras del hombre tienen valor de merecimiento, para tan grande bien, como es el eterno Reyno.

En los tiempos passados pretendia Dios ser estimado por justo, castigador, sabio, y fuerte, y ser reverenciado, y temido por tal: mas como yà escogió obras nuevas, quiere tambien que se le den alabanzas nuevas. Que mayor novedad pudo ser, que hacerse Dios Hombre, y ser pobre, y cansarse, el que es riqueza, y descanso del Cielo, y de la tierra? Què mayor novedad, que morir el que es vida? De las quales obras nuevas, y amor, nunca visto, ni oido, salen para con los hombres tales efectos de misericordia, que es mucha justicia, que ala-

be-

bemos yà al Señor con todas nuestras fuerzas, con nombres de amor, y de lleno de misericordia: con mas frecuencia que con nombre de sabio, ni fuerte, ni justo. Y no es pequeño consuelo para los que son flacos en su servicio, pensar que el es tan rico en amor, y misericordia, que nos sufre, y ama, aunque nosotros no le respondamos, tan por entero, como era razon. E si V. m. sintiese la palabra que me escribiò, diciendo, que Dios la ama, no sería menester escribir yo tantas, no para otro fin, sino para persuadir à V. m. lo que ella misma me escribe.

Pregunto, señora, *si Dios la ama*, de què està congoxada, entristecida, y desconfiada? Por ventura, no ha oido lo que dixo San Agustín, *que Dios no ama, y desampara*? O divina Bondad, que amaste à los que estaban lexos de ti: y por amor les inspiras la penitencia, y los traes à ti, no habiendo en ellos cola digna para ser amados, mas muchas para ser aborrecidos! Y por què no confiarán los que Tú traxiste, que tendrás bondad para sufrirlos, siendo yà hijos, pues tuviste bondad para los traer, siendo enemigos? Olvidaste, Señor, y perdonaste por la penitencia tantas abominaciones, como Tú sabes que contra ti se hicieron, y pensarè yo que me tienes guardados mis pecados menores que agora ha-go? Que aunque por via de conocerte mas, y de haver recibido mayores mercedes, sean en alguna

manera mayores, mas en fin ellos en sí son muy menores, y me dañaran menos, porque conociendo tu misericordia mejor que antes, y el remedio medicinal de tus Sacramentos, que para los penitentes has ordenado por el merecimiento de Jesu-Christo nuestro Señor, tengo mas ocasiones, y alientos para pedir el perdón; y para esperar. Y si Tú, Señor, quieres hacar de mis caídas esta alabanza, que digan que eres tan bueno, que salvas te un tan malo como yo, sea tu gloria para siempre ensalzada, y plega à ti, que mis males, y bienes sirvan, Señor, à que tu seas glorificado. A unos salvas, guardandolos de caídas, y à otros perdonandolos las que dan. Y aunque yo quisiera ser mas de los que no caen, no por esso dexaré de esperar de tu bondad que me salvarás, aunque haya caído, y que me ayudarás à levantar en lo de adelante.

Bendito seas Tú para siempre, que me enseñaste el remedio de todos mis males, y me declaraste à donde me arrime para no caer, y à quien de la mano despues de caído, à quien de gracias quando estuviere en pie, y à quien pida perdón quando huviere pecado. O Jcius benditísimo, Hijo de Dios Padre, y de la bendita Madre Virgen Maria, Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, abogado, y amansamiento delante del Padre por nosotros tus siervos, consuelo de tristes, riqueza de pobres; poderoso esfuerzo, de los enflaque-

cidos! Por esso te llama San Pablo (2. ad Corinth. 1.) *esperanza nuestra*. Que dire, Señor de Ti, que digno sea de tus alabanzas? Amparo de nuestra orfandad, merecimiento de la justificacion de nuestros pecados, Esposo de nuestras animas, escudo fuerte, que recibiste los golpes de la justicia Divina, que merecian nuestros pecados: muro, y ante muro de nuestra ciudad; torre de nuestra fortaleza; vida, que muriendo nos avivaste; justicia, que siendo vituperada de los hombres, nos hiciste justos delante del acatamiento de Dios, ganandonos la gracia que teniamos perdida, y siendo Tú condenado nos absolviste; y cayendo sobre Ti las maldiciones, la ley, y deshonoras de hombres, hiciste que cayessen sobre nosotros las bendiciones de Dios, abaxaste, Señor, hasta ser acompañado de los ladrones, para darnos à los Angeles por compañeros. Pregonado fuiste por malo en la Ciudad de Jerusalem, y despues en el Monte Calvario, lugar de los malhechores, fuiste deshonrado, y atormentado, desamparado, y muerto con extrema pobreza, y alli nos ganaste la gracia, con que merecamos la compañía de Dios en el Monte Santo del Cielo, adonde entremos à gozar de tus benditos sudores.

O Padre muy amador de tus pobres hijos! quien te viera velar, traher y caminar, y sudar, despues morir, para con tu vida, y tu muerte, dexar

à tus hijos ganado tanto favor, y riquezas, que aunque ellos falen en tu servicio, tengan remedios, y favores, y valor para irà gozar de lo que por si no merecieron, y alegres en el conocimiento de tus riquezas, bendigan para siempre tu amor, que te constiñò à vivir, y morir por el bien de tus siervos. En este amor me gloriare, y confiarè, que es fortisimo, no en el flaco que yo à Ti tengo. Esta es mi gloria, quando bien me glorio; esta mi riqueza, y mi esperanza, y en esto estoy confiada, y cantarè: *Bien se à quien crei, y cierto estoy que es poderoso para guardar lo que le depositè para aquel dia.* (2. ad *Timoth.* 1.) como dice San Pablo; y si pregunta por que dire lo que dice San Agustín, que tuvo Dios amor para tomarme por hijo, y poder para hacer bien à quien ama, y verdad para cumplir lo que promerc.

Este Señor es fundamento certisimo, en quien debemos estrivar, que nuestras obras muchas de ellas fontales, como caña flaca, y quebrada, que quien à ella se arrima, antes se horoda la mano, que se pueda sustentarse en ellas: y las que son buenas, y de valor, por la gracia de de Dios lo son, ganada por los merecimientos de Jesu-Christo, en los quales me gloriare, y en su gracia, que me ganò, mas en mi mismo no, sino en mis flaquezas. Señor Jesu-Christo, yo confieso delante de Ti, que soy pobre, desnudo, hombre flaco, y pecador,

lle-

lleno de muchas deudas, antes que te comenzasse à servir, y tambien despues, mas yo te confieso por perdonador, de los que con corazon quebrantado te piden perdon: mayor es tu misericordia que mi maldad, y por esto confio mas por ti, que desespere por mi. Tengo por gran merced tuya no confiar en justicia que yo tenga de mi, mas en la tuya, Señor, que por tus merecimientos infundiste en mi, dandome tu gracia con que te agrade, y que mis pequeños trabajos, que de si son tan pequeños, reciban valor de vida eterna, y te sean agradables: y tengo, Señor, confianza, que sufriras con paciencia las faltas de aquel que traxiste à ti con amor. Y mientras me durare contigo la Fè, y el amor que por tu misericordia me has dado, me durarà la esperanza viva, que me has de salvar, y que me daràs perdon de mis faltas, quando te lo pidiere, como dulcisimo Padre à su indigno hijo, que por ser hijo lo sufres, y ligeramen te perdonas.

Tengamos, pues, esta firme confianza en el Salvador del mundo, Jesu-Christo nuestro Señor, y metamos en el seno la esperanza de la gloria que nos ganò; y así, pues ha dado conjeturas, que tenemos su gracia, esforzados corramos con buen talante, con acrecentamiento de esta gracia, y obediencia de los Mandamientos de Dios, y echemos fuera las desconfianzas que nuestras obras malas nos traxeren, poniendo luego la medicina de la pe-

Tom. IX.

Y

pi-

nitencia sobre ellas, en confianza, que por los merecimientos de Jesu-Christo, y virtud de sus Sacramentos somos perdonados. No obremos con desconfianzas, mas adorando, y agradeciendo al Eterno Padre, que nos dió à su Hijo, por el qual, y en el qual nos hizo agradables, dandonos su gracia, y favores, confuemos, que agradamos à él, no solo en las obras altas, mas aún en las muy comunes, así como dice San Pablo: (*Ad Ephes. 1.*) *Agora comais, agora bebais, ò qualquiera otra cosa que hagais, hacedlo todo para gloria de Dios.* Y de esta manera tengamos repofado nuestro corazon, pensando, que pues el Señor nos tomó por hijos, le agradamos como à Padre en lo que conforme à su Ley, y razon hacemos.

Esta alteza, y dignidad no la huvimos de nuestra cosecha, nuestro Señor Jesu-Christo nos la ganó, para que participásemos del agradamiento, que él tiene delante del Padre: así como en lo que hicieremos, yendo bien hecho, hemos de pensar que agradamos à Dios, así en lo que nos viniere, debemos pensar que nos lo embia el por nuestro bien, y esforzarnos à recibirlo con hacimiento de gracias. No embia Dios à los fuyos lo que les embia, para ponerles tropiezos, ni lazos, mas con amor paternal, para que de todo saquemos bien, y conozcamos el cuidado que de nosotros tiene. Y de esto no debemos sacar desconfuelo, como lo suelen ha-

hacer los hombres llenos de achaques, que de las mercedes que Dios les hace facan mas desconfianza, diciendo: Lo prospero que Dios me embia, es por pagarme en este mundo, y condenarme en el otro, y lo aduerso es para principio de condenacion infernal: no deben hacer así los que al Señor de-
 fean servir, mas en lo uno, y en lo otro deben entender que Dios les quiere ayudar à salvar, y que su voluntad es, que andemos alentados, y consolados con las señales que tenemos en ser amados, y muy amados de un Rey, y tal Rey. Y así usaremos de lo que Dios embia, conforme à su voluntad, y à nuestro descanso; porque recibendolo con la desconfianza ya dicha, no es otra cosa la vida, sino un continuo tormento.

De manera, que debemos traer el corazon confortado, y fiado de Dios, estrivando en él, y no en nuestra flaqueza, y con corazon amoroso hacer, y sufrir lo que conviene, según su Ley. Y este cuerpo, que Dios dió à V. m. para martyrio, no se en que mejor lo pueda emplear, que en ofrecerse-lo para que le sirva en este estado, que le dió pariendo, y criando. Y pues el mismo Señor tomó carne delicadísima, para tener en que padecer por nosotros, piense V. m. que la que Dios dió à ella es sensible para que padezca por él; confiado estoy de su misericordia, que él está de ella contento. Deseo que V. m. esté sossegada, y que las

cosas de su anima, y de su casa las haga con este corazon que le he dicho, confiando de su bondad, que pues èl le puso en esta atahona, que èl se sirve que ande al rededor de ella: y si lo que le he dicho no basta para facarle de sus desconfianzas, que tanto le dañan, no resta, sino que roguemos à Dios, que èl de su mano le dè confianza, y conforte de corazon, pues es dàdiva suya, esperando con estas prendas, y conjeturas ya dichas, de estàr en su gracia, que nos harà merced de nos guiar, hasta nos meter en la celestial tierra prometida, donde veremos, y poseeremos al mismo Dios. Sea èl en quien esperamos, y èl sea lo que esperamos, porque de nadie podemos alcanzar à Dios, si èl no se dà, ni es razon esperar de Dios, cosa menor que èl mismo Dios.

*CARTA A UNA SEÑORA CASADA,
à cuyo hijo le havia sucedido una desgracia, consolandola.*

LA paz de nuestro Señor Jesu-Christo sea con V. m. Como sabe nuestro Señor Dios quan mucho nos va en conocer nuestros males, y los bienes que de èl tenemos para que le pidamos remedio para lo uno, y le demos gracias por lo otro, tiene cuidado de cambiarnos algunas tribulaciones, para que veamos nuestra flaqueza, y nos defenga-

ñemos, si por fuertes nos teniamos, y veamos la fortaleza que Dios nos dà para alegremente sufrir las, y conozcamos quan poderosa es su mano, que en vasos tan flacos pone virtud, y quan bueno es, pues nos hace ganar en los males. Dícenme, que ha acaecido no sè que à un hijo de V. m. sea por ello nuestro Señor bendito, y por todo lo demás que nos acaece, al qual sin duda debemos mas, quando nos embia de esta fruta, que quando de las consolaciones, pues mediante estas limpia nuestras culpas, y nos fabrica en el Cielo coronas, y las gracias que en estas tribulaciones à Dios se dan, es una musica Christiana, y suave en sus orejas, digo Christiana, porque el darselas en las consolaciones es de todos, mas en las tribulaciones de solo los buenos Christianos, que son como trompetas hechas à golpes, que echan de sí este suavissimo son: *El Señor lo dio, el Señor lo llevó, como al Señor plugo, así fue hecho, sea su nombre bendito.* (Job. 1.) Cante, señora, este cantar, si quiere alegrar à sí, y que se le tornen las piedras en pan, porque vendrà à tomar tanto fabor en las tribulaciones, que se mantenga, y haga fuerte con ellas, y las pidà al Señor, como el niño pide pan à su madre: ligeramente harà esto, si ha dado à sí, y à sus cosas à Dios, mas si en el hijo estava algo que à Dios no lo havia dado, compassion de verdad de V. m. quanto le hayrà atormentado, como herida en la

carne llagada, que ella es la que duele, que el fruto del espíritu gozo es. Si esto passa, encomiendese V. m. y de sus hijos á Dios, pues él dió su Hijo por amor de ella, y no tenga por acaccimiento lo que viere venir á su hijo; porque la verdad Christiana confiesa, que ninguna cosa viene á caso, mas todas debaxo de la providencia de Dios; y como cosa de su mano tome V. m. lo acacido, y aunque lo tome de su mano, mirele al corazón, y hallará que embió esto con amor, aunque en la mano parezca rigor.

Amamos Dios verdaderamente, aunque alguna vez disimula su amor, y finge que se vá lexos, no porque nos olvida, pues tiene jurado, diciendo: (*Psal. 136.*) *Si de ti me olvidare, mi mano derecha sea olvidada, y mi lengua se pegue al paladar, si de tí no me acordare.* Pues cierto así lo cumple, como lo dice el que nos tiene escritos en sus manos, y muy á su costa; mas apartase, porque suspiramos por él, y agucemos la hambre, para que despues mejor nos sepa el pan que mantiene á Cielo, y Tierra: y el querer ser llamado, no es porque él haya menester nuestros ruegos, ò nos quiera vender su comunicacion; pues muchas veces viene antes de ser llamado: mas porque ve él con su inestimable sabiduria, que cumple dexarnos desconsolados años, y años, y á muchos por toda la vida presente, y la parte de estos creo ser la mejor, si hay fe para no

fen-

sentir mal, y esfuerzo para sufrir tan gran destierro. Aunque á la verdad, el que algo ve, hallará, que otro gozo, ni descanso no hay, sino que se cumpla la voluntad de Dios en nosotros, y la consolacion verdadera es gozarnos en la voluntad de Dios, aunque nos desconsuele: y si estas desconsolaciones nos parece que vienen por nuestra tibieza, (que es lo que á muchos fuele desconsolar) digo despues de haverlo mirado, que es muy mejor llevar su culpa con igualdad fosegada de corazón, y buena confianza en la misericordia divina, que por matar la mosca (como dicen) que me pica en la frente, darme un golpe con que me mate.

No han de ser todos iguales los que al Cielo han de ir, ni hemos de desesperar, porque no somos de los mejores, ni medianos, mas dar gracias á nuestro Señor, porque nos dió esperanza de salvacion por su clemencia: y conviene alegrar en esto el corazón, y agradecerlo á Dios, porque no nos quite esto que nos ha dado, como á desagradecidos, y así caygamos en el infierno, porque no nos hizo Dios de los mejores del Cielo. Creamos, que esta cosa de la paz del corazón, que los perfectos tienen, no se dà por descontentos, ni puñadas, mas Dios la dà á quien, y cómo, y al tiempo que es servido. No dexemos de hacer lo que pudieremos, y tener buena confianza en Dios, en el qual nos debemos de poner tan de corazón, que aun sobre

no-

nosotros mismos no ossemos dar sentencia de cómo nos vá, mas confiados en él, correr con alegría la carrera de sus Mandamientos, y de sus pisadas; y esperar que nos galardinará nuestros bienes, y perdonará nuestros males, para que por uno, y otro le alabemos, y bendigamos en los siglos de los siglos. Amen.

CARTA A UNA PERSONA QUE ESTABA

muuy congoxada, por su poco aprovechamiento en la virtud: enséñale como todo se ha de hacer por el amor de Dios, y nada por amor propio.

LA paz de nuestro Señor Jesu-Christo sea con V. m. La raíz de todos los males es el amor propio, así como la de todos los bienes es el amor de Dios; y así como el que à Dios ama, no halla que sufrir, porque no busca sino el querer de él, y en este se deleyta; así el que se ama, halla todas las cosas asperas, y contrarias, y es atormentado con fatigas, y diversidades de acaccimientos. No está el descanso, sino en desear poco, ò nada por amor de Dios, y contentarse con ello por él, al qual tanto ofrecemos, y damos, quanto por él dexamos de desear: y si Dios abre nuestros ojos, para que considerèmos con David las maravillas de su Ley, hallarèmos, *que no solo hay peligro acerca de este mal amor propio en lo exterior, y visible, mas aun*

en

en lo que à muchos parece que es santidad desear más, y más: y si pregunta V. m. qué es aquesto, digo, que las virtudes, y paz del anima, y el Paraíso, y el Señor de él, para que así veamos quanto es nuestro peligro, pues en lo que es seguridad lo hay, y quanta la maldad del propio, y desordenado amor, pues en cosas tan buenas no teme entremeter su maldad, no porque las haga él malas à ellas, que no puede, mas porque desearlo las cosas buenas por nuestro fin, y amor ultimo, nos hacemos malos nosotros, tornando al rebés el orden que el amor de Dios dà, que es querer todo lo bueno, y à nosotros con ello por Dios, y para Dios, y de la manera, y con la medida que quiere Dios.

No consiste el amor de Dios, por mas que la boca lo diga, en desear muchas virtudes, y al mismo Dios desenfrenadamente, y con demasiada congoxa, y codicia, como otras cosas se suelen desear; porque si yo me muevo por Dios, no será mi principal deseo tener aquello, mas tenerlo, si Dios quiere que lo tenga, y quando, y cómo, y quanto quisiere, y no ser codiciosa de ello por mi bien, mas en que la voluntad de Dios sea cumplida, aunque fuesse estar yo sin virtudes, y Cielo; digo aunque fuesse, porque no lo es, mas à lo menos ha de estar nuestra voluntad tan puesta en las manos de Dios, que esté aparejada à que-

recr. todo lo que Dios quiere que queramos, sin hacer alguna excepcion; porque si nuestro amor está vivo, tanto es mas peor, y encubierta su mal, quanto lo que deseamos parece mejor; porque en aquello, como en cosa segura, se suele el mas descuidadamente estender, y diciendo, que deseamos amor de Dios, estamos llenos del nuestro, que nos hace desear à Dios para nosotros sin orden, ni ley, haviendo de ser al contrario.

Acuerdome que me dicen algunos Doctores, que esta maldad cayò primero en Lucifer, el qual deseò cosa buena, que era la bienaventuranza, mas no la deseò como, ni quando, ni en quien, ni por quien era razon desearla, mas con una desenfrenada codicia, que mira al bien propio, como puede un avariento codiciar tener mucha hacienda, ò un sobervio la honra. Por cierto, si la raíz, y fin es uno, no hace la cosa deseada toda la diferencia, antes, como he dicho, es peor, quanto lo deseado es mejor, porque no hay peor mal, que desear uno para sí, como para ultimo fin: el ultimo fin es sumo bien de los bienes, que es Dios, el qual debe ser el fin, y el paradero de todos nuestros deseos; y si alguno dixere, por no entender bien lo que digo, que pareció decir, que no debemos ser fervientes en desear formas, y mas virtuosos, mas que lo deseamos à Dios, así lo del anima, como lo del cuerpo; digo, que así como en las cosas exteriores he-

mos de ser mas diligentes, y no congoxosos, ni codiciosos, mas ponerlo en manos de Dios, y tomar con paciencia lo que nos viniere, así en lo del anima debemos ser diligentes, mas con condicion, que si con todo ello vieremos, que no tenemos quanto queremos, no hemos de dexarnos caer en una impaciencia, que sea peor que la principal falta, porque nos dà la pena, mas conformarnos en todo con la voluntad de Dios, al qual agradamos mas la humildad, y paciencia en las flaquezas, que la sobervia, devocion, y contentamiento en la fortaleza. Y fino alcanzamos à estar sin faltas, demos gracias à Dios, porque nos diò conocimiento de nuestras faltas.

Por ventura echò à perder otra cosa al Fariseo sobervio, fino el contentamiento de sus buenas obras? Y salvò al Publicano, fino el conocimiento, y desplacer de sus malas, pidiendo à Dios misericordia? No todos son para conservar la humildad entre la alteza de las virtudes, y muy pocos hay à quien no descontenten sus faltas; y por esto; aunque el primer camino no es mas alto, el segundo es mas seguro; todo lo qual dispensa el sapientissimo Dios, guiandonos por diversos caminos para un mismo fin, que es él; y por mas codiciosos que seamos, esto nos debe consolar, que es esperar que iremos al Paraiso; agora sea por la alteza de virtudes, como algunos van, agora por conocimiento

de como nos faltan, y con penitencia de ello, como otros muchos van. Y aunque por esto no debemos dexar de imitar à los muy mejores que veremos, pues Dios nos ha dado defeo de ello, y fer-nosha tomada cuenta, fino lo hacemos, empero assi deseamos ser mejores, como tengamos paz, fino llegaremos à lo que deseamos, que de otra manera, y no creo que ha havido hombre en este mundo (dexando à parte lo que todos entienden) que no deseasse ser mejor de lo que es; mas esto no les quitaba la paz, porque no lo descaban por su propia codicia, que nunca dice: *Harid hay*, mas por Dios, con cuyo repartimiento estan contentos, aunque menos les diera, teniendo por amor verdadero el contentarse con lo que èl le dà, mas que el desear tener mucho, aunque diga el amor propio, que es para mas servicio de Dios: y no creo que hay paz en aqueste mundo, fino en la paciencia; ni creo que es verdadera paciencia la que sufre à sus proximos, y no sufre à si mismo, no para que dexè de castigar, y enmendar sus faltas, mas para que no se le derribe el corazon, ni se entristezca demasadamente; fino que ande en todo lo que le acaeciere, contento de dentro, y de fuera, haciendo sus diligencias: las quales todas, fino las hiciere, vale mas que le pèle, y se levante presto con alegria, que dobla las fuerzas, que no que pensando que llora sus faltas por Dios, desagrade

al mismo Dios, con servirle mal con el corazon, caídas las alas, y con otros ramos, que de esto suelen nacer. La conclusion sea lo que dice San Pablo: *En todas las cosas haciendo gracias à Dios use la oracion, è irleha bien. Jhesus con V. m. y con todos. Amen.*

CARTA A UNA SEÑORA CASADA,
animandola à saber confiar en el Señor; y encargale el
animo en el camino de Dios.

MUY magnifica señora: la paz de nuestro Señor Jhesu-Christo sea siempre con V. m. En dos cosas nos conviene mucho estudiar, fino queremos ofender à nuestro Señor; una es, en amar su bondad; otra en confiar de su misericordia. Grandissima es la ceguedad del anima, que à tan buen Señor no ama, y grande es la flaqueza de quien en tanta muchedumbre de misericordia no confia: y assi como las mercedes que nos ha hecho, nos deben incitar à le amar (pues que son hechas con el amor que Dios nos tiene, el qual pide amor) assi nos deben esforzar à confiar, pues que quien nos ha dado lo passado, y merido en su carrera, nos darà el acabar en ella: y lo mismo debemos facer de la Pasion de nuestro Señor, al qual debemos amar, pues èl fue el que murió por nuestro amor, y tener confianza en sus mereci-